





ROMA
VICTORIOSA





JAVIER NEGRETE

ROMA

VICTORIOSA

CÓMO UNA ALDEA ITALIANA LLEGÓ A CONQUISTAR
LA MITAD DEL MUNDO CONOCIDO

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Negrete, Javier

Roma victoriosa. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :
El Ateneo; La Esfera de los Libros, 2014.

416 p. ; 24x16 cm.

ISBN 978-950-02-0812-3

1. Historia de Roma. I. Título

CDD 937

Roma victoriosa

© Javier Negrete Medina, 2011

© La Esfera de los Libros, S. L., 2011

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay,
Paraguay, Ecuador, Perú, Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición en España: septiembre de 2011

1ª edición en la Argentina: agosto de 2014

ISBN 978-950-02-0812-3

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires
en agosto de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

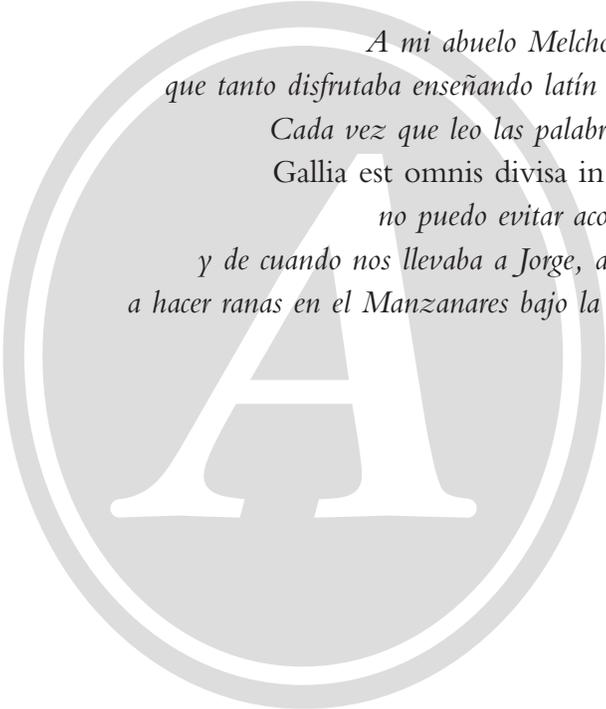
<i>Introducción</i>	13
I. EL NACIMIENTO DE UNA CIUDAD-NACIÓN	17
El viaje de Eneas	17
La fundación de Roma	21
El Tíber y las siete colinas	26
El rapto de las sabinas	30
Los primeros reyes de Roma	32
Los reyes «etruscos»	36
II. LA REPÚBLICA ROMANA: FUNCIONAMIENTO	49
Patricios y plebeyos	50
Los magistrados	54
Los cónsules	57
Otros magistrados	59
Las asambleas	62
El senado	67
III. LA REPÚBLICA ROMANA: LOS PRIMEROS TIEMPOS	70
La amenaza de Tarquinio y los etruscos	70
La secesión de la plebe	75
Coriolano	78
Cincinato	81
Las Doce Tablas	85

La toma de Veyes y una catástrofe natural	86
Camilo y la llegada de los galos	92
IV. LA CONQUISTA DE ITALIA	101
La Guerra Latina y la batalla del Vesubio	103
La Segunda Guerra Samnita	112
Apio Claudio y sus obras	115
El final de las guerras samnitas	122
V. EL ARTE DE LA GUERRA EN ROMA	129
La legión, los manípulos y los mandos	129
La triple línea, los <i>velites</i> y la caballería	131
El armamento	134
Un inciso psicológico sobre la espada romana	140
La dinámica de la batalla	144
La vida en el ejército fuera de la batalla	152
<i>Manpower</i> : la clave del poderío militar	156
VI. PIRRO Y LA CONQUISTA DEL SUR	160
El asunto de Tarento	160
Pirro, un rey helenístico	163
Pirro en Italia	170
Intermedio en Sicilia y desenlace en Italia	177
Desenlace y consecuencias	181
VII. LA PRIMERA GUERRA PÚNICA	185
Cartago	185
El ejército cartaginés	190
El estallido de la Primera Guerra Púnica	193
Primera fase de la guerra: 264-257	198
La guerra naval	202
El <i>corvus</i>	207
La batalla de Ecnomo y la invasión de África	210

Naufragios y otros reveses	214
El final de la guerra	221
El tratado de paz	227
VIII. INTERMEDIO BÉLICO	230
Cartago entre guerras	230
Roma entre guerras	233
Mirando hacia el este	235
Luchas contra los galos	238
Honor y gloria	243
Los cartagineses en España	249
IX. LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA	255
La figura de Aníbal	255
El origen de la guerra y los recursos de los contendientes	257
El asedio de Sagunto	259
El cruce de los Alpes	262
Primeras batallas	267
Una batalla memorable	282
Después de Cannas	300
El asedio de Siracusa	303
La guerra en Italia	307
España	312
La batalla de Ilipa	316
La invasión de África	321
La batalla de Zama	325
El final de la guerra	334
X. LA CONQUISTA DE GRECIA	341
Grecia y los reinos helenísticos hacia el año 200 a.C.	341
La Primera Guerra Macedónica	343

La Segunda Guerra Macedónica	347
La batalla de Cinoscéfalas	354
Antíoco el Grande y la batalla de Magnesia	361
La Tercera Guerra Macedónica	370
La batalla de Pidna	378
<i>Epílogo</i>	387
<i>Cronología</i>	390
<i>Glosario</i>	395
<i>Mapas</i>	411





*A mi abuelo Melchor Valbuena,
que tanto disfrutaba enseñando latín a sus nietos.
Cada vez que leo las palabras de César,
Gallia est omnis divisa in partes tres,
no puedo evitar acordarme de él
y de cuando nos llevaba a Jorge, a José y a mí
a hacer ranas en el Manzanares bajo la vía del tren.*



INTRODUCCIÓN

Mi intención es ofrecer a los lectores un relato. En él narraré cómo Roma pasó de ser una más entre las pequeñas ciudades de una comarca del centro de Italia a dominar todo el Mediterráneo y convertirse en un imperio cuyo recuerdo todavía sigue determinando nuestra cultura, nuestra política y nuestros ideales.

En este primer volumen hablaremos del origen de Roma, de los siete reyes, de la caída de la monarquía y de los primeros siglos de la República. Asistiremos a las vicisitudes de los primeros tiempos, cuando no sólo no estaba claro si Roma llegaría a ser grande, sino incluso si sobreviviría como ciudad. Después veremos a los romanos enfrentarse con el gran general Pirro, empezar su larga historia de conflictos con los galos y mantener dos guerras largas y terriblemente cruentas con Cartago. En el ínterin, comprobaremos cómo las legiones se fueron convirtiendo en la máquina militar que admiró y aterrorizó al mundo, apoyadas por los ingenieros que construían calzadas, túneles, acueductos y máquinas de guerra.

El libro acaba con la conquista de Grecia. Un momento muy importante para Roma, ya que su contacto con la civilización helénica la cambió. No sólo culturalmente: el botín conseguido en esta y otras victorias enriqueció tanto la ciudad que la transformó, y en muchas cosas no para bien. Eso sembró las semillas para las convulsiones que a partir del año 150 sacudieron Roma y que no se calmaron hasta que Octavio Augusto se convirtió en monarca sin el título de rey y, en la práctica, abolió la República.

Esas convulsiones y las nuevas conquistas de Roma serán el argumento de un segundo volumen.

Roma victoriosa trata de lo que anticipa su título: un relato centrado en las conquistas de Roma y en aquellos rasgos de la civilización romana que las hicieron posibles. Por eso hago hincapié sobre todo en la organización militar, las instituciones políticas, la ingeniería y la arquitectura, aspectos en los que los romanos destacaron por encima de otros pueblos. No hay demasiado espacio para tratar de otras cuestiones muy interesantes, como las artes plásticas o la brillante literatura latina.

En historia existen pocas certezas, y en la historia antigua todavía menos. Hay periodos de la historia de Roma de los que tenemos bastante información, como por ejemplo la Segunda Guerra Púnica. Sin embargo, esa información no es del todo fiable, porque los autores que nos la han transmitido, como Polibio o Tito Livio, escriben muchos años después de los hechos. Hay otros periodos que directamente se confunden entre las nieblas de la leyenda y el mito: es lo que ocurre con la monarquía y los primeros tiempos de la República.

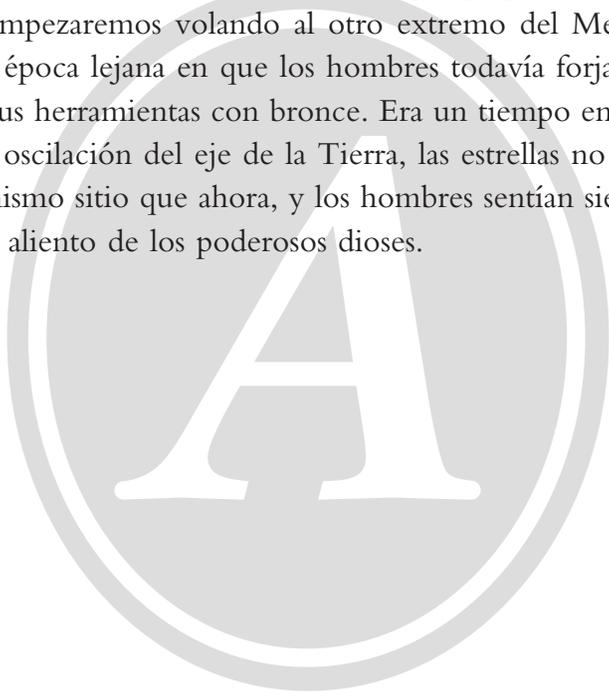
Pero *Roma victoriosa*, como decía, es una narración. Pido a los lectores que tengan en cuenta que prácticamente todo lo que se cuenta en este libro está sujeto a debate: las fechas —sobre todo hasta la mitad del siglo IV—; las cifras de soldados en los ejércitos y de muertos en las batallas; la composición y el armamento de las tropas; el modo de luchar de las legiones; las razones que impulsaban las conquistas romanas, etcétera.

En esta obra he obviado o reducido al mínimo la mayoría de esos debates. Mi intención es ofrecer un cuadro general, y al mismo tiempo un relato vivo y ameno. Sin sacrificar la verosimilitud, pero sin entrar en disquisiciones más propias de otro tipo de ensayos.

Espero que los lectores más familiarizados con la historia de los romanos encuentren en estas páginas un enfoque nuevo y fres-

co, la mezcla de la narración escrita por un novelista y el interés por el mundo antiguo de un filólogo clásico. Y que los lectores no tan versados en Roma, aparte de disfrutar con un relato apasionante —el mérito es de los protagonistas, no mío—, sientan al terminar la curiosidad de profundizar más en el estudio de esta fascinante y compleja civilización a la que le debemos mucho de lo que somos.

No me extiendo más. Tenemos que prepararnos ya para el viaje: empezaremos volando al otro extremo del Mediterráneo, en una época lejana en que los hombres todavía forjaban sus armas y sus herramientas con bronce. Era un tiempo en que, debido a la oscilación del eje de la Tierra, las estrellas no se hallaban en el mismo sitio que ahora, y los hombres sentían siempre en la nuca el aliento de los poderosos dioses.





I

EL NACIMIENTO DE UNA CIUDAD-NACIÓN

EL VIAJE DE ENEAS

Nuestra historia empieza en el año 1184 a.C., en Troya, cerca de la costa noroeste de la actual Turquía. Después de diez años de asedio, los griegos —conocidos entonces como aqueos— habían decidido rendirse, embarcar en sus naves y regresar a Grecia.

Al menos, eso creyeron los troyanos.

Tras haber sufrido un cerco tan largo, era normal que la ciudad celebrara una gran fiesta. Esa noche, convencidos de que no iban a pasar más hambre, los troyanos sacaron sus reservas de alimento de los almacenes. Ahora que había terminado el sitio, podrían salir de sus murallas cuando les placiera y reabastecer de nuevo los graneros. Sacrificaron terneros, cabritos y corderos a los dioses y se dieron un buen banquete con su carne asada junto a los altares. Sobre todo, el vino corrió más abundante que las aguas del río Escamandro que atravesaba la llanura bajo las murallas de la ciudad.

Por fin, pasada la medianoche y con la luna bien alta en el cielo, los ánimos se calmaron y los troyanos, exhaustos de guerra primero y de fiesta después —enterrados en «sueño y vino» según Virgilio—, se durmieron, y la ciudad quedó en silencio.

En una de las plazas de Troya se alzaba un gran caballo tallado en madera de cornejo. Los aqueos lo habían abandonado en la playa como una ofrenda. Querían congraciarse con Atenea, a la que habían ofendido cuando los guerreros Ulises y Diomedes entraron

de forma clandestina en el templo que la diosa tenía en Troya para robar su imagen sagrada, el Paladión.

Una de esas profecías que los antiguos improvisaban con suma facilidad aseguraba que la ciudad que guardara el caballo dentro de sus murallas sería inexpugnable. Por eso, los griegos lo habían construido tan grande que no pudiera entrar por las puertas de Troya. Al saberlo, los troyanos desmontaron los bloques de piedra que cerraban el dintel y lo metieron en la ciudad. Mientras tanto, la profetisa Casandra avisaba a sus compatriotas de que ese caballo sería su perdición.

Un doble ejemplo de psicología inversa, en un caso bien aplicada y en otro no. El caballo era una artimaña del astuto Ulises, y la profecía una forma de decir «Eh, no metáis el caballo en la ciudad» para conseguir que los troyanos obraran justo lo contrario. En cuanto a las advertencias de Casandra, ésta sufría una maldición por la que nadie creía sus visiones del futuro. Tan sólo tendría que haber aconsejado a los troyanos «Meted el caballo» para evitar que lo hiciesen.

Cuando los ruidos de la fiesta se habían calmado ya, los cincuenta guerreros griegos encerrados en su interior salieron y abrieron las puertas de la ciudad a sus compañeros, que habían regresado al amparo de la oscuridad. Entonces empezó la matanza. Mientras las llamas se extendían por Troya, los griegos masacraron a los varones adultos, violaron a las mujeres y las esclavizaron junto con los niños.

Justo antes de que ocurriera el desastre, el príncipe Eneas, hijo de Anquises y la diosa Venus, recibió un aviso. Su primo Héctor, que no mucho antes había muerto a manos de Aquiles, se le apareció en sueños y le exhortó a que tomara consigo a su familia y huyera de las llamas. Eneas reunió a los suyos, pero en el caos de la lucha perdió a su mujer Creúsa, que fue asesinada por los invasores. El propio espíritu de Creúsa se presentó ante Eneas y le aconsejó que se olvidara de ella y escapara cuanto antes de la ciudad.

El príncipe troyano, junto con su anciano padre Anquises, su hijo Ascanio —también llamado Julo o Iulo— y un nutrido grupo de seguidores, salió de Troya por las puertas Esceas y embarcó hacia el oeste.

Tras diversas peripecias y paradas en Macedonia, Creta y Sicilia, las naves de Eneas arribaron al norte de África, en la costa del actual Túnez. Allí llegaron a una ciudad recién fundada, cuyo destino estaría unido al de la grandeza de Roma: Cartago.

Cartago, *Qart-Hadašt* o «ciudad nueva» en fenicio, fue fundada por colonos de la ciudad de Tiro, en el actual Líbano.¹ Dirigidos por Dido, o Elisa, habían pedido a los habitantes de la región de Túnez una parcela de tierra donde instalarse. Dido les dijo que tan sólo necesitaban el terreno que se pudiera cubrir con una piel de vaca, y los nativos accedieron. Pero lo que hizo la astuta fenicia fue cortar esa piel en tiras tan finas que consiguió rodear con ellas una colina entera, donde se fundó la nueva ciudad.

Cartago ya había empezado a prosperar cuando llegaron Eneas y sus compañeros. Dido se enamoró del príncipe troyano y se acostó con él en una cueva tras una tormenta; el escenario no podía ser más romántico. Eneas estaba pensando en quedarse en Cartago con la reina cuando los dioses se le volvieron a aparecer. El mensaje fue terminante: debía ir a Italia y fundar una ciudad que en el futuro gobernaría el mundo.

(Esta parte del relato está extraída de la *Eneida*. Su autor, Virgilio, la escribió durante el reinado de Augusto, cuando Roma se jactaba de que todo el Mediterráneo era *Mare nostrum*, «nuestro mar», así que bien podía hacer esta profecía a toro pasado).

Eneas decidió cumplir con su grandioso destino y abandonó la ciudad para dirigirse al norte, a Italia. Desesperada, Dido se sui-

¹ Los mismos romanos debían tener problemas para conjugar mitos tan diversos como la Guerra de Troya y el origen de Cartago. Esta última, según la tradición, que concuerda bastante bien con la arqueología, fue fundada el año 814, mientras que la Guerra de Troya se habría librado en torno al 1200.

ció. Pero antes de morir vaticinó que existiría una rivalidad eterna entre los descendientes de Eneas y los suyos:

Tirios, perseguid con odio a toda esta estirpe venidera, y ofreced este tributo a mis cenizas. ¡Que no haya amor ni tratado que una a estas naciones! ¡Levántate de mis huesos, vengador desconocido, para acosar a los colonos de Troya con el hierro!

Otra profecía *post eventum*, pero dramáticamente muy eficaz: el vengador que surgiría de las cenizas de Dido sería Aníbal, el hombre que más cerca estuvo de destruir Roma.

Tras aventuras diversas, incluida una visita a la sibila o profetisa de Cumas, los expedicionarios llegaron a la comarca de Italia central conocida como *Latium* o Lacio. Allí, Eneas se casó con Lavinia, hija del rey Latino, aunque para conseguir su mano antes tuvo que matar en combate al temible rey de la tribu de los rútuos.

Eneas había traído de Troya a su hijo Ascanio. Éste, al crecer, decidió fundar una nueva ciudad en las faldas del monte Albano. Se trata de una región volcánica en la que se encuentran dos hermosos lagos sobre los restos de sendas calderas. A orillas de uno de ellos, el Albano, se halla Castelgandolfo, lugar elegido como residencia de verano de los papas por su clima suave y sus paisajes.

El segundo lago es el Nemi. Junto a él había un santuario de Diana Nemorense o «de los bosques», donde se celebraba un extraño ritual. Cuando alguien quería convertirse en sacerdote de la diosa, debía arrancar una rama dorada de un árbol del bosque sagrado y después matar en duelo singular al sacerdote anterior. Este rito llamó la atención del estudioso inglés James G. Frazer, que basándose en él escribió *La rama dorada*, su monumental estudio sobre magia y religión.

Así pues, fue en aquella región tan misteriosa y evocadora donde Ascanio fundó una ciudad a la que llamó Alba Longa, literalmente «blanca y larga». Mientras en el este los reinos aqueos, culpables de la destrucción de Troya, eran aniquilados por otros invasores y caían en una larga edad oscura, los descendientes de Eneas reinaron durante varios siglos en Alba, que se convirtió en la población más importante del Lacio.

Hagamos una pequeña pausa. ¿Qué hay de cierto o al menos de verosímil en esta historia? Hasta aquí, no demasiado. Como ya señalé en *La gran aventura de los griegos*, es muy probable que en torno al año 1200 a.C. la ciudad de Troya, situada en la colina de Hisarlik, fuera asediada y asaltada por invasores aqueos. Los detalles más novelescos de la historia pueden ser creaciones posteriores, aunque con un núcleo real. Ahora bien, que supervivientes de Troya se establecieran en el Lacio parece más traído por los pelos.

No obstante, la tradición del viaje a Italia de Eneas ya estaba muy extendida en el siglo III a.C., cuando Roma empezaba a convertirse en una gran potencia. A partir de ese momento, autores como Enio, Varrón o Catón se aferraron a ella para ennoblecer los orígenes de Roma. Me refiero a «ennoblecer» sobre todo en el sentido literario, debido al prestigio de la *Ilíada* y otras obras que narraban la Guerra de Troya. Además, relacionar a los romanos con el Mediterráneo oriental legitimaba más sus conquistas en esa región: los romanos fueron siempre unos maestros de la propaganda.

LA FUNDACIÓN DE ROMA

Tras una serie de monarcas, los llamados «reyes latinos», que sueña a banda juvenil, en la primera mitad del siglo VIII el soberano

legítimo de Alba Longa era Numítor. Pero su hermano pequeño, Amulio, le arrebató el trono y lo expulsó de la ciudad.

En aquella época todavía dominaba el derecho de sangre: cualquier ofensa cometida contra alguien debía ser vengada por sus familiares más cercanos. Para evitar problemas con los hijos varones de Numítor, Amulio los mató. Tan sólo dejó con vida a su hija Rea Silvia, juzgando que era inofensiva.

En los mitos y leyendas, esto siempre supone un error. Por ejemplo, el rey Acrisio de Argos supo por un oráculo que, si su hija Dánae engendraba un vástago varón, éste lo mataría. En lugar de cortar de raíz la amenaza liquidando a Dánae, Acrisio la encerró en una cámara subterránea de bronce y la condenó a virginidad de por vida. Pero Júpiter, encaprichado de ella, se convirtió en una lluvia de oro líquido, entró en la cámara y la dejó embarazada. Años después, el hijo así concebido, Perseo, mató por accidente a Acrisio, cumpliendo de este modo con el oráculo y demostrando que es imposible huir del destino.

Amulio, que no debía de estar versado en mitología griega, intentó con Rea Silvia algo parecido a lo que había hecho Acrisio con Dánae. La diferencia fue que, en lugar de encerrarla, la obligó a convertirse en vestal.

Las vestales eran seis sacerdotisas consagradas a Vesta, patrona del fuego sagrado de la ciudad. Puesto que Vesta era una diosa virgen —como Minerva y Diana—, sus sacerdotisas debían abstenerse de relaciones sexuales en las tres décadas que duraba su servicio. Pasadas éstas, podían abandonar el sacerdocio y fundar sus propias familias; aunque, con un mínimo de treinta y seis años de edad, eran muy pocas las que se decidían a casarse y tener hijos. Enfrentarse a un parto en la Antigüedad era estadísticamente más peligroso que librar una batalla, máxime a ciertas edades.

El castigo para las vestales que incumplían su voto de castidad era terrible. Al principio consistía en apedrearlas, pero a partir del

rey Tarquinio Prisco las enterraban vivas en el Foro, como ocurrió con la vestal Minucia en el siglo IV. No se trataba de pura y simple crueldad, sino de evitar que corriera la sangre dentro del recinto sagrado de la ciudad. Los antiguos eran muy mirados con la sangre derramada. La culpa no era la misma si se asesinaba con herida que si se mataba por inanición o desamparo, lo que explica tantos mitos y leyendas sobre bebés abandonados.

Amulio confiaba en que Rea, ordenada como vestal, no podría tener hijos que amenazaran su futuro. Sin embargo, al igual que Júpiter había frustrado los planes de Acrisio, aquí también intervino un dios. En este caso fue Marte, señor de la guerra, quien sedujo a Rea y la dejó embarazada.

De nuevo, Amulio se buscó complicaciones innecesarias. En lugar de condenar a muerte a Rea, el usurpador esperó a que diera a luz. Después ordenó a un sirviente que se encargara de los gemelos recién nacidos ahogándolos en las aguas del Tíber.

Para ello, el criado tuvo que darse una buena caminata, casi veinte kilómetros. Al llegar al punto elegido, comprobó que la corriente del río bajaba con fuerza: las crecidas del Tíber en invierno y primavera eran un problema habitual en la comarca. Temiendo por su propia vida, el sirviente dejó el canastillo que servía de cuna a los bebés entre unas cañas, en una especie de charca, esperando que las aguas subieran y lo arrastraran hasta el mar. Técnicamente no se trataba de un asesinato, ya que existía la posibilidad de que alguien los rescatara.

Y así ocurrió, aunque de una manera inesperada. No fue ni un dios ni una persona quien encontró a los gemelos, sino una loba atraída por sus llantos. La loba los amamantó, y así les salvó la vida. Desde entonces se convirtió en símbolo de Roma, y como tal fue inmortalizada en una estatua de bronce del siglo VI y en monedas acuñadas a partir del año 269.

Poco después pasó por allí un pastor llamado Fáustulo que recogió a los bebés y se los llevó a su mujer Larentia. Los peque-

ños se criaron precisamente en el emplazamiento de la futura Roma, en la colina del Palatino. (Según otra versión, esta Larentia era conocida con el nombre de Loba por su lujuria; el equivalente al despectivo «zorra» de nuestros días. Es la típica racionalización posterior de una leyenda que, personalmente, prefiero en su versión original).

Los gemelos recibieron los nombres de Rómulo y Remo. Cuando crecieron y descubrieron quiénes eran, marcharon a Alba Longa al frente de un pequeño ejército de pastores, mataron a Amulio y reinstauraron en el trono a su abuelo Numítor.

Con el tiempo, los dos gemelos, o al menos uno de ellos, deberían haberse convertido en reyes de Alba. Pero al percatarse de que su abuelo gozaba de buena salud y ese momento iba a tardar, decidieron fundar su propia ciudad. Los acompañaron los pastores que les habían ayudado a derrotar a Amulio, y también jóvenes de Alba Longa deseosos de aventuras o que, simplemente, no veían un futuro muy claro allí. Fundar otras ciudades con los excedentes de población era una práctica muy común por aquella época: al mismo tiempo que Rómulo y Remo partían de Alba, los griegos estaban instaurando sus primeras colonias italianas más al sur, en la región de Campania.

El lugar que eligieron Rómulo y Remo era el mismo donde el sirviente los había abandonado: las orillas del Tíber, a unos veinte kilómetros al noroeste de Alba Longa.

Las desavenencias entre ambos hermanos empezaron pronto. Rómulo quería fundar la ciudad en el monte Palatino, donde habían pasado su infancia. Remo prefería el Aventino, situado a menos de un kilómetro al sur. También se hallaba en juego quién impondría su nombre a la ciudad. Para decidir quién se llevaría el gato al agua, cada uno subió a su colina favorita. Quien más buitres avistase sería el ganador. Se trataba de la práctica conocida como augurio o auspicio: esta última palabra significa precisamente «contemplar aves».

Remo avistó seis buitres desde el Aventino. Más tarde, Rómulo divisó doce. Eso suscitó una discusión: Remo había sido el primero en recibir la señal de los cielos, pero Rómulo había visto más rapaces. Al final, Rómulo quedó como vencedor, le dio su nombre a la ciudad, Roma, y decidió que el núcleo fuera el Palatino.

Por desgracia, la disputa había enturbiado la relación entre ambos hermanos. Con un arado, Rómulo trazó el perímetro de la nueva ciudad e hizo levantar sobre el surco una muralla. Cuando todavía estaba a medio construir, Remo saltó sobre ella en señal de burla. Rómulo lo mató con una estaca y proclamó que ése sería el destino de quien volviera a saltarse los muros de Roma.

Todo esto ocurría, según la tradición, el 21 de abril del año 753 a.C. De este modo, el mismo acto de fundación de Roma estuvo manchado de sangre y violencia. La violencia en cuyo manejo los romanos se convertirían en auténticos expertos y que, junto con otras virtudes, los llevaría a dominar el mundo.

¿Es fiable la fecha? Las excavaciones arqueológicas demuestran que las colinas de Roma ya se encontraban habitadas hacia el año 1000, aunque parece que lo que allí había eran pequeñas aldeas separadas y formadas por humildes cabañas. A mediados del siglo VIII la población creció mucho y empezaron a construirse edificios e instalaciones urbanas en piedra, algo que podría deberse a que esas aldeas hubieran decidido unirse en una sola ciudad.

Eso contradice y a la vez corrobora la leyenda: Roma como tal debió aparecer más o menos en las fechas tradicionales, pero no surgió de la nada sino como agrupación de poblaciones que ya existían antes.

En cuanto al relato de Rómulo y Remo, contiene muchos elementos legendarios y folclóricos: la concepción divina (Perseo, Jesús, Eneas), el rey malvado que trata de evitar que los descendientes del derrocado se venguen (lo que hace Pelias con el héroe

Jasón), un animal que salva a unos bebés abandonados (las palomas que cuidan a Semíramis), el canastillo en el río (así se salvaron Moisés o Sargón de Akkad). Es más fácil pensar que Rómulo es un fundador mitológico creado a posteriori a partir del nombre de Roma y no al contrario. En cuanto a su relación con Alba Longa —cuyos restos todavía no se han localizado—, hay que tener en cuenta que esta ciudad era el principal centro religioso de los latinos, por lo que el hecho de que Rómulo y Remo descendieran de ella otorgaba más prestigio a Roma.

EL TÍBER Y LAS SIETE COLINAS

Se tratara de Rómulo y Remo o de pobladores que se asentaron poco a poco en el germen de la futura Roma, ¿por qué eligieron aquel emplazamiento?

El sitio escogido ofrecía diversas ventajas que en ciertos aspectos también eran inconvenientes. En primer lugar, estaba el río Tíber. El agua, aunque acarree ciertos riesgos, resulta imprescindible para la vida. Pero también es importante que las aguas fluyan para que no se estanquen: el estancamiento acaba provocando malos olores y enfermedades como disentería o paludismo.

Así pues, nada mejor que un río, que suministra agua corriente para beber y también para regar los cultivos. Además, sirve para librarse de los residuos. Incluso, si es lo bastante ancho y se puede navegar, funciona como vía de comunicación. Es lógico que las primeras civilizaciones importantes surgieran a orillas de ríos caudalosos, como ocurrió con Egipto y el Nilo o con Mesopotamia y el Tigris y el Éufrates.

El Tíber es el río más largo de la región central de Italia, con cuatrocientos kilómetros de longitud. No se trata precisamente del Amazonas, ni siquiera del Tajo. Pero hay que tener en cuenta la forma de Italia, una península estrecha y alargada, y dividida

en el centro por la cordillera de los Apeninos: no hay espacio material entre las montañas y el mar para cursos de mil kilómetros o más.

Al llegar a la zona de Roma, el Tíber traza una curva en forma de C. Un poco por debajo de esa curva se halla la isla Tiberina, el lugar más seguro para cruzar el río. Allí se construyó con el tiempo el *pons Sublicius*, el primer puente de Roma.

Más al este, en la desembocadura del Tíber, había extensas marismas de las que se extraía abundante sal. La sal no se usaba sólo para condimentar las comidas, sino también para curtir pieles y preservar alimentos, y era tan apreciada que de su nombre deriva el término «salario».² Por el cruce del río, en el emplazamiento elegido por los primeros colonos, pasaba un camino que se usaba para transportar esa sal desde la costa hacia el interior, al territorio de los sabinos; un camino que con el tiempo se convertiría en la vía Salaria.

En contrapartida de estas ventajas, el Tíber es proclive a las riadas. Las inundaciones las sufría sobre todo la explanada conocida como Campo de Marte, en la que apenas había edificios. El resto de la ciudad se salvaba gracias a otra característica que dio gran fama a Roma: las siete colinas.

Estas colinas no eran precisamente montañas, como pueden descubrir los lectores curiosos si visitan Roma con Google Earth y comprueban la altitud del terreno en cada punto. Pero resultaban lo bastante elevadas para proteger a sus habitantes de las crecidas del río y para ofrecerles un campo de visión amplio. Eso les

² El historiador Julio Mangas calcula que en España, antes de la conquista romana, el consumo de sal por persona y año era de unos treinta kilos. En esta cifra se incluía la sal usada para consumo humano y del ganado, y también para condimentar alimentos, curar y conservar carne, curtir pieles y otros usos. El cálculo puede extrapolarse a Italia en los tiempos de los que estamos hablando.

permitía divisar a tiempo a cualquier enemigo que se aproximara: es la razón evidente por la que castillos, ciudadelas y fortalezas se construyen siempre en alto.

Al oeste, de norte a sur, se alzaban los montes Capitolio, Palatino y Aventino, el núcleo fundacional de la ciudad. Formando otra línea de elevaciones más al este se hallaban el Quirinal, el Viminal, el Esquilino y el Celio.

De todos estos montes, el Capitolio era el más pequeño. Pero también poseía las laderas más escarpadas, por lo que resultaba más fácil de proteger como una fortaleza natural. Fue allí donde se refugiaron los últimos defensores de Roma durante la invasión de los galos del año 387. En este cerro se construyó el templo al más importante de los dioses, Júpiter, que fue conocido como el Júpiter Capitolino. Junto a él se encontraba el Auguráculo, un templete donde los sacerdotes etruscos conocidos como augures seguían el ejemplo de los fundadores Rómulo y Remo observando el vuelo de las aves para vaticinar el futuro.

Al sur, junto al entrante de la curva del Tíber, se levantaba el Palatino, el más central de los montes y el lugar preferido por Rómulo para fundar la ciudad. La tradición romana acierta en esto, pues se han encontrado restos de edificios que datan más o menos del año 1000. En época antigua incluso se conservaba la choza de madera en la que, según contaban, había vivido el propio Rómulo.

Desde el Palatino se controlaba el cruce del río, lo que lo convertía en un punto estratégico, y también se dominaba el Foro. En su parte superior había una explanada de unas diez hectáreas. Allí se encontraban las viviendas de los aristócratas. Más adelante los emperadores construyeron sus palacios, que ocuparon prácticamente toda la colina.

En cambio, el Aventino, situado más al sur, era un lugar más popular. En él se instalaron los colonos plebeyos que llegaron durante el reinado del cuarto monarca de Roma, Anco Marcio.

En cuanto a las otras colinas, en el Quirinal se asentaron los sabinos, de los que enseguida hablaremos. El Celio correspondió a los habitantes de Alba Longa, que se instalaron durante el reinado de Tulo Hostilio. En época republicana se alzaban en él lujosas moradas, como ocurrió también durante el Imperio, tras un terrible incendio en el año 27 d.C. En el Esquilino hubo un primitivo cementerio, pero más adelante Servio Tulio lo incluyó en el recinto de la ciudad, junto con el Viminal. Con el tiempo, Nerón levantaría en el Esquilino su gigantesco palacio, la *Domus Aurea*.

Aparte de las siete colinas, al otro lado del río se alzaba el Janículo, cuyo nombre deriva del importante dios Jano. Es más alto que las otras elevaciones, y hoy día es el punto que mejor panorama ofrece de toda la ciudad. En la Antigüedad servía como una especie de atalaya. Cuando la asamblea de centurias —los *comitia centuriata*— se reunía en el Campo de Marte, una bandera roja ondeaba en lo alto del Janículo. Si la bandera se arriaba, la asamblea se disolvía automáticamente. Como el Campo de Marte se hallaba extramuros, era una forma de evitar que los ciudadanos recibieran un ataque enemigo por sorpresa: el aviso de la bandera les daba tiempo para poner pies en polvorosa y refugiarse tras la muralla.

Esa bandera protagonizó una anécdota curiosa en el año 63 a.C. Los comicios centuriados estaban juzgando a un tal Gayo Rabirio, ya anciano, por su complicidad en un asesinato cometido casi cuarenta años atrás. Lo defendía el mismísimo Cicerón, el orador y abogado más célebre de Roma. Mas, pese a su elocuencia, Cicerón no logró convencer a los asistentes a la asamblea.

En realidad, lo que se ventilaba allí no era una especie de memoria histórica, sino la lucha política entre el senado y los llamados «populares», entre los que se encontraba Julio César. Los populares tenían más peso en los comicios y estaban decididos a

condenar a muerte a Rabirio. Pero cuando iban a hacerlo, el pretor Metelo, que pertenecía al bando senatorial, ordenó que se bajara la bandera del Janículo. La sesión quedó automáticamente suspendida y Rabirio se salvó de la condena, ya que no podía ser juzgado dos veces por el mismo delito.

¿Por qué se mantenía esta costumbre en una época en que Roma era tan poderosa que no podía recibir ningún ataque por sorpresa? Los romanos eran muy conservadores y no abolían del todo ninguna institución ni costumbre, una característica común en los pueblos antiguos. Incluso cuando derrocaron la monarquía, mantuvieron una especie de rey simbólico, el *rex sacrorum*.

EL RAPTO DE LAS SABINAS

La nueva ciudad andaba muy corta de mujeres, lo que no le auguraba un porvenir muy largo. El senado, recién fundado por Rómulo, le aconsejó que pidiera a las ciudades de los alrededores jóvenes casaderas. Pero todos los vecinos rechazaron la petición.

Rómulo decidió entonces recurrir a un engaño. Celebró unos juegos en honor del dios Neptuno e invitó a los sabinos, un pueblo emparentado con los latinos que habitaba en la orilla oeste del río Tíber. Los sabinos acudieron en masa junto con sus familias. Mientras contemplaban el espectáculo, los romanos raptaron a las mujeres más jóvenes y se las llevaron a sus casas.

De momento, los sabinos regresaron a sus ciudades, pues habían dejado las armas para contemplar los juegos. Pero enseguida se organizaron como ejército y, guiados por su rey, Tito Tacio, sitiaron el monte Capitolio.

El asedio debía ser bastante relajado, porque permitía extrañas confraternizaciones. El jefe de la ciudadela era un tal Espurio Tarpeyo, que tenía una hija llamada Tarpeya.

(Existe cierta incoherencia en esto: ¿no quedamos en que los romanos no tenían mujeres? Pero los mitos y las leyendas suelen abundar en contradicciones, así que haremos la vista gorda).

Tarpeya, asomada a la muralla, se dedicaba a coquetear con los sitiadores. Al percatarse de que uno de ellos llevaba un brazalete de oro en la muñeca izquierda, le prometió que les franquearía el paso a la ciudad si todos los guerreros le entregaban al entrar lo que llevaban en el brazo izquierdo.

Cuando la joven abrió las puertas, los primeros en pasar la enterraron bajo sus pesados escudos, que también cargaban en el brazo izquierdo, y la aplastaron. Después, su cadáver fue arrojado por un peñasco del Capitolio, que desde entonces fue conocido como Roca Tarpeya y por el que se despeñaba a aquellos que traicionaban a Roma. Los sabinos, como luego dirían los romanos de sí mismos, no pagaban a los traidores. A cambio, bien que se aprovechaban de sus servicios.

Tras la toma del Capitolio, sabinos y romanos se enzarzaron en una batalla en el valle que separaba este monte del Palatino. Las mujeres raptadas, que al parecer se habían encariñado de sus nuevos maridos, se interpusieron entre ambos bandos diciendo que no querían quedar viudas ni huérfanas.

Merced a la intervención de las féminas, Tito Tacio y Rómulo hicieron las paces y acordaron convertirse en un solo pueblo con dos reyes, tomando el nombre colectivo de Quírites. Tito Tacio tan sólo vivió cinco años, lo que evitó previsibles problemas entre ambos gobernantes.

En estos primeros tiempos, los romanos se organizaban de una manera peculiar. Había entre ellos tres tribus cuyos miembros se llamaban Ramnes, Tities y Luceres. El nombre de los primeros derivaba del propio Rómulo, el de los segundos del rey sabino Tito y el de los terceros de un caudillo etrusco que ayudó a Rómulo llamado Lucumón. Esta división podría ser la reliquia de una

fusión entre elementos latinos, sabinos y etruscos, aunque —como todo en este periodo— es discutible.

LOS PRIMEROS REYES DE ROMA

Tras gobernar treinta y siete años, Rómulo murió, arrebatado por una tormenta repentina. Un tal Próculo aseguró que había visto cómo entre las nubes aparecía un carro alado manejado por su padre Marte, que se lo llevó a los cielos: se trata de otro típico motivo folclórico que aparece, por ejemplo, en la historia del profeta Elías. A partir de ese momento, Rómulo sería adorado como un dios más.

El siguiente rey, elegido por el pueblo, fue Numa Pompilio. Según la tradición fue él quien puso orden en la religión romana. Lo de orden es un decir. Aparte de los dioses que luego identificarían con los olímpicos griegos, había un sinfín de divinidades exclusivamente romanas, a las que denominaban con nombres colectivos como indigetes y semones, por no hablar de los manes de los antepasados, los lares del fuego del hogar o los penates de la casa. Me imagino a los niños romanos aprendiéndose los nombres y atributos de todos sus dioses como los críos de ahora memorizan los de los Pokémon.³

³ Pensemos, por ejemplo, en la boda y el nacimiento. La diosa Jaga o Yuga estaba presente durante el cortejo. Domidico guiaba a la novia en el camino a casa de su nuevo marido. Cinxia la ayudaba a quitarse el cinturón y el resto de la ropa. Virginense a perder la virginidad. De Pertunda, considerando que significa «taladradora», mejor no diremos nada. Volupia hacía que la primera experiencia sexual fuera placentera. Cuando la joven esposa se quedaba embarazada, Rumina llenaba de leche sus pechos. En el parto, Antevorta protegía a madre y bebé si éste venía de cabeza y Postvorta, que lo tenía más difícil, lo hacía en caso de que el crío se presentara de nalgas. Vagitanus no era lo que parecía: se encargaba de abrir la boca del bebé para su primer llanto o inhalación. Intercidona guardaba el ombligo, etc.

En esta labor ayudaron a Numa los mismísimos dioses, pues una ninfa llamada Egeria le daba consejos en persona y, al parecer, le otorgaba otro tipo de favores.

En contraste con su antecesor Rómulo y su sucesor Tulo Hostilio, Numa fue un rey pacífico. La tradición cuenta que fue él quien hizo construir el templo de Jano, el dios bifronte. Este santuario estaba formado por dos arcos, uno de entrada y otro de salida, unidos por muros: en realidad, era muy parecido a un arco triunfal, pero más ancho y con puertas. Éstas se cerraban en tiempo de paz y se abrían cuando se declaraba una guerra. Durante los cuarenta y tres años del reinado de Numa permaneció cerrado, lo que demuestra su talante pacifista.

Conociendo el temperamento de los romanos, resulta muy difícil creer algo así: tras la muerte de Numa, el templo sólo se cerró en el año 235 a.C., tras la Primera Guerra Púnica, y en el 31 a.C., al comienzo de la larga paz de Augusto.

Jano era el dios de los límites y las puertas, que podía vigilar a la perfección gracias a que tenía dos caras opuestas. A él le estaba consagrado el mes de enero, *Januarius*.

Por aquel entonces, el año no empezaba con el mes de Jano, sino con el de Marte: *Martius* o marzo. Eso explica los nombres de los últimos meses de nuestro año, septiembre, octubre, noviembre y diciembre, que se corresponden con los ordinales séptimo, octavo, noveno y décimo.

Enero pasó a convertirse en el primer mes en el 153 a.C. Por aquel entonces, Roma andaba enfrascada en la conquista de Hispania. En el primer mes del año se elegía a los cónsules y se procedía al reclutamiento de las legiones, que luego había que adiestrar y enviar a los lugares donde eran necesarias. Mientras las guerras de los romanos se limitaron a Italia, todo iba bien. Pero cuando las legiones empezaron a combatir en escenarios más alejados, el proceso se alargaba demasiado y pasaba el verano, temporada bélica por excelencia. De modo que se adelantó el inicio

del año oficial dos meses. Así que les debemos a nuestros belicosos antepasados hispanos que enero sea el primer mes del año: acordémonos de ellos la próxima vez que tomemos las uvas.

Hablando de gente belicosa, el tercer rey fue Tulo Hostilio, que gobernó del 673 al 642. Como su segundo nombre indica, se trataba de un soberano guerrero. El hecho más renombrado de su reinado fue la guerra contra la ciudad madre de Alba Longa. Para resolverla, romanos y albanos decidieron librar un duelo que más que singular habría que llamar triangular. Por los romanos combatieron los tres hermanos Horacios y por los albanos otros tres, los Curiacios.

Ante las miradas expectantes de los guerreros de Roma y Alba, los duelistas se acometieron. Tras el primer asalto, dos de los hermanos Horacios cayeron muertos. Sólo quedaba un romano contra tres enemigos, pero gozaba de una ventaja: él había quedado ileso, mientras que los otros habían recibido heridas de diversa gravedad. El superviviente, llamado Publio, dio la espalda a sus adversarios y huyó, lo que provocó el júbilo de los albanos y el desánimo y los abucheos de sus compatriotas romanos.

En realidad, se trataba de una astuta táctica. Los Curiacios emprendieron la persecución del único romano superviviente. Como cada uno se encontraba más o menos impedido por las heridas, se fueron distanciando entre sí. Al cabo de un rato, Publio Horacio se dio la vuelta y se enfrentó al primero de los Curiacios. Éste fue el duelo más difícil, pero consiguió matarlo. Después, dar cuenta del segundo resultó mucho más sencillo, y al tercero prácticamente lo sacrificó segándole el cuello con la espada como a una víctima en el altar.

La historia no termina aquí. El epílogo demuestra el duro carácter de estos romanos de los primeros tiempos. Cuando Publio llegó a casa con los despojos de los tres enemigos, su hermana

rompió a llorar, pues estaba prometida a uno de los tres Curiacios y había reconocido el manto que ella misma le tejó. Publio, que tenía que enterrar a dos hermanos, montó en cólera y la mató con la espada, exclamando: «¡Que perezca así toda mujer romana que llore a un enemigo!».

El propio Publio sólo se salvó de la ejecución por intercesión de su padre, que no quería perder a sus cuatro hijos el mismo día.

Esta historia se suele considerar legendaria. Pero el núcleo central, la forma de resolver un conflicto por duelo, no es en absoluto inverosímil, y revela mucho sobre el carácter de los romanos. Más adelante hablaremos sobre otros duelos y sobre la forma de ganar los *spolia opima*, la condecoración más valiosa que concedía el Estado.

Resuelto el conflicto con la victoria de Publio Horacio, Alba Longa aceptó el resultado del duelo y se convirtió en una ciudad vasalla de Roma. Sin embargo, este arreglo duró poco. Los albanos estaban obligados a apoyar a los romanos en su lucha contra los etruscos de Veyes, pero los abandonaron en plena batalla. La venganza de Tulo Hostilio fue ejecutar al rey de Alba, destruir la ciudad y trasladar a todos sus habitantes a Roma, lo que duplicó su población.

Los inmigrantes albanos se instalaron en el monte Celio, y sus descendientes formarían parte de familias patricias como los Servilios, los Quintos o los propios Curiacios. Con el tiempo, la más ilustre de estas familias o *gentes* —en singular *gens*— sería la Julia. Con mucho tiempo, debo añadir, pues no fue hasta el siglo I a.C. cuando uno de sus miembros pasó a la posteridad. Por supuesto, hablo de Julio César..., pero ésa es otra historia que será narrada en su momento.

Tras la muerte de Tulo Hostilio, los romanos eligieron a Anco Marcio (obsérvese que hablamos de una monarquía electiva y

no hereditaria). A él se le atribuye la construcción del primer puente sobre el Tíber, el *pons Sublicius*, construido al sur de la isla Tiberina, en la zona por la que pasaba la ruta tradicional desde las marismas de sal.

Este puente se llamaba así porque era sólo de madera (*sublica* significa «pilar de madera»). Por mandato religioso, no podía tener ninguna pieza de metal. Algo que recuerda a la prevención que las hadas, gnomos y otras criaturas mágicas sienten contra el hierro en el folclore tradicional. Como es de suponer, hubo que reconstruirlo muchas veces por las crecidas del río, y también porque la tablazón se pudría con la humedad y el paso del tiempo. Para los romanos los puentes poseían una gran importancia religiosa. Como prueba, el título que recibía su principal sacerdote: *pontifex maximus*, pontífice máximo o «sumo hacedor de puentes».

También se atribuye a Anco Marcio la instalación de nuevos colonos en el monte Aventino. Pero éstos no recibieron la misma consideración social ni los mismos derechos que los fundadores originales, y se convirtieron en los plebeyos. Al menos, eso contaba la tradición. La distinción entre patricios y plebeyos era bastante complicada, pero hablaremos de ella con más detalle al comentar las instituciones de la República.

LOS REYES «ETRUSCOS»

Cuando murió Anco Marcio, los romanos eligieron como nuevo rey a Tarquinio, un inmigrante llegado de la ciudad etrusca de Tarquinia. Según Tito Livio, su nombre original era Lucumón. Algo que suena sospechoso, pues «lucumón» es la denominación que recibían ciertos gobernantes etruscos. Así que nos quedaremos simplemente con Tarquinio, que también era un nombre de ilustre prosapia etrusca.

Según la leyenda, Tarquinio entró en Roma montado en un carro y acompañado por su mujer Tanaquil y por un gran grupo de seguidores y partidarios. Hasta aquí todo parece bastante normal. Pero cuando estaban en el monte Janículo, a punto de cruzar el río, un águila le quitó el gorro, se dio una vuelta con él por los aires y después se lo puso de nuevo. Tanaquil, versada en la ciencia etrusca de los augurios, le dijo a su marido que era señal de que alcanzaría los máximos honores: el águila siempre ha sido el ave de la realeza y el gesto implicaba una coronación que finalmente se produjo.

Como rey, Tarquinio llevó a cabo grandes obras públicas. Una de ellas fue la Cloaca Máxima. Autores como Dionisio de Halicarnaso o Plinio el Viejo la consideraban una de las mayores maravillas de la ciudad. «¿Una alcantarilla?», podríamos preguntarnos. Lo cierto es que sí. Para los humanos, el agua es al mismo tiempo una bendición y una maldición. La necesitamos fresca, limpia y con un caudal controlado, y nos queremos librar de ella cuando está sucia, huele mal o es demasiado abundante.

En su origen, los romanos no construyeron la cloaca para evacuar aguas residuales, sino para desecar las zonas bajas entre las siete colinas. Durante los meses más lluviosos, estos valles se convertían en auténticos pantanos, hasta el punto de que los primeros habitantes de Roma utilizaban transbordadores para pasar de un monte a otro. Donde luego se levantaría el Foro no había más que agua, cañas y mosquitos que propagaban la malaria.

La Cloaca Máxima atravesaba el valle del Velabro entre el Capitolio y el Palatino y desembocaba en el Tíber. Por aquel entonces, era una gran zanja al aire libre, y los viandantes debían tener cuidado para no caer dentro de ella.

Según la tradición, Tarquinio obligó a los romanos a trabajar por la fuerza, hasta el punto de que algunos prefirieron suicidarse antes que seguir excavándola. (Al leer esto, uno se pregunta si la cloaca venía ya con miasmas y excrementos de serie y por eso

era tan insoportable trabajar en ella). Como represalia, Tarquinio hacía crucificar a los suicidas después de muertos para que los demás vieran cómo los pájaros se comían sus cadáveres. Al menos, eso cuenta Plinio el Viejo. Como Casio Hemina atribuye la misma crueldad a Tarquinio el Soberbio, habrá que pensar que se trata de una leyenda debida a la mala prensa que tuvieron ambos monarcas.

Con el tiempo, los romanos cubrieron y enterraron por completo la cloaca y le añadieron una red de alcantarillas que atravesaban toda Roma. En su parte principal, la Cloaca Máxima medía mil seiscientos metros de longitud y más de cuatro metros de altura por tres de anchura, de tal manera que, como comenta Plinio, podía conducirse una carreta por su interior. No en carro, sino en bote de remos, las inspeccionó personalmente Agripa cuando fue edil en el año 33 a.C. La Cloaca Máxima continuó usándose durante todo el Imperio y mucho después, e incluso hoy día sigue utilizándose en parte.

Como curiosidad, la Cloaca Máxima poseía su propia patrona, una diosa llamada Cloacina que con el tiempo fue identificada con Venus. Puede chocar imaginarse a la diosa de la belleza, tan coqueta ella, encargándose del sistema de alcantarillado de Roma. Pero Cloacina era una diosa de la pureza y para purificar hay que limpiar primero.

Junto a la desembocadura de la Cloaca Máxima abundaba un tipo de pez que se alimentaba de los desechos de la alcantarilla, apreciado como un auténtico manjar. Hay que añadir que los gustos culinarios de los romanos eran muy peculiares. Uno de sus condimentos favoritos era el celeberrimo *garum*, una salsa obtenida a partir de entrañas y restos de pescado fermentados al sol. Lo consideraban una exquisitez y lo pagaban a precio de oro, pero el olor que debía desprender es fácil de imaginar.

Según la tradición, Tarquinio también hizo construir el Circo Máximo, un estadio para carreras de carros de más de seiscientos

metros de longitud, y también el primer gran templo de Júpiter Capitolino. En suma, fue él quien empezó a convertir Roma en una auténtica ciudad.

Debido a que procedía de una ciudad de Etruria, se ha interpretado a menudo que durante su reinado y el de sus dos sucesores, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio, los etruscos dominaron Roma. Según esa teoría, estos tres monarcas habrían sido más bien una especie de virreyes.

No tuvo por qué ocurrir así. Existía en aquel entonces una gran movilidad social, pero en horizontal más que en vertical, lo cual significa que individuos y grupos enteros de la élite podían mudarse a otras ciudades sin perder su estatus. Eso se debía en buena parte a que dichas élites se relacionaban entre sí por pactos matrimoniales y de hospitalidad. No es necesario interpretar el hecho de que Tarquinio y sus partidarios se instalaran en Roma como una invasión.

Lo que resulta innegable es que durante estos años hubo una gran influencia etrusca en Roma. Ya hemos mencionado varias veces a los etruscos. ¿Quiénes eran?

Los griegos llamaban a los etruscos «tirrenos» y aseguraban que provenían del reino de Lidia, en Asia Menor. Sin embargo, parece claro que era una cultura que se desarrolló de forma autóctona en la comarca conocida hoy día como Toscana, al norte de Roma. Esta cultura, que se denominaba a sí misma *Rasenna*, floreció en el siglo VII y llegó a su apogeo en el VI, precisamente cuando los reyes etruscos gobernaron en Roma.

Lo que definía como tales a los etruscos, por oposición al resto de las etnias itálicas, era su misterioso lenguaje, un idioma que no pertenecía a la familia indoeuropea y que hoy día se va descifrando muy poco a poco.

Los etruscos nunca se unificaron políticamente, sino que siguieron divididos en ciudades estado como Veyes, Tarquinia, Clusio o Volterra. Más que pensar que los etruscos como entidad

colectiva conquistaron Roma, podríamos pensar que durante un tiempo Roma fue, en cierto modo, una ciudad etrusca o al menos semietrusca.

Los propios romanos de siglos posteriores eran muy conscientes de cuánto debía su cultura a los etruscos. A su vez, los etruscos estaban muy influidos por los griegos. Muchas de sus estatuas muestran rasgos en común con las esculturas griegas de la época. Sobre todo, los ojos almendrados y la característica curvatura de los labios conocida como «sonrisa arcaica» cuando hablamos de arte helénico, pero también como «sonrisa etrusca».

Volviendo a la influencia de este pueblo en Roma, los templos con triple cella o santuario interior, como el de Júpiter Capitolino, seguían el diseño típico de los etruscos. Otro elemento arquitectónico romano heredado de los etruscos era el *atrium*, un amplio recibidor con una abertura en el techo por la que el agua de la lluvia se colaba en un pequeño estanque llamado *impluvium*.

De los etruscos procedían buena parte de las prácticas religiosas romanas, como el culto a los muertos o la adivinación a la que tanta importancia daban. De hecho, los augures instalados en un pequeño edificio junto al templo de Júpiter Capitolino eran etruscos. De Etruria había llegado también una práctica tan romana como los juegos de gladiadores, que empezaron en las ciudades etruscas como un homenaje que se celebraba en los funerales de los guerreros muertos.

Además, los romanos les debían a los etruscos el alfabeto. Ellos lo habían tomado a su vez de los griegos,⁴ a través de la ciudad de Cumas, una colonia helénica situada al noroeste de Nápoles y muy célebre por la sibila o adivina que vaticinaba el futuro en ella.

⁴ Los griegos lo habían recibido de los fenicios. En realidad, en los siglos VII y VI a.C., la época del llamado «arte orientalizante» se producía un constante mestizaje cultural por todo el Mediterráneo.

EL ALFABETO

El alfabeto clásico de los romanos tenía veintiuna letras: A B C D E F G H I K L M N O P Q R S T V X. En aquella época se escribía tan sólo en mayúsculas, lo que explica que nuestras mayúsculas y las del griego se parezcan más que las minúsculas: digamos que las mayúsculas latinas y las griegas son hermanas, mientras que las minúsculas ya son primas, parientes todavía, pero con menos rasgos comunes.

Hay que señalar que los romanos no distinguían en la escritura entre U y V, cosa que sí solemos hacer nosotros en las ediciones de textos latinos. La expresión «soy ciudadano romano», por ejemplo, *Cives romanus sum*, se escribiría de forma más correcta *Ciuēs romanus sum*, pronunciando la primera palabra «kiues».

Durante los primeros siglos, los romanos, también por influencia etrusca, no diferenciaban en la grafía entre C y G. La letra G se introdujo en el siglo III a.C., pero se siguió utilizando en abreviaturas. Así escribían C. para el nombre que en su forma completa era *Gaius*, o Gayo para nosotros. Debido a esa vacilación, en nuestros libros de historia podemos leer Cayo Julio César o Gayo Julio César, y Cneo Pompeyo o Gneo Pompeyo. Parece que, al menos en época clásica, ambos nombres se pronunciaban con G.

En cuanto a otras letras que faltan, la Y y la Z se introdujeron en el siglo I a.C. para representar sonidos griegos. La W, y la J y la U como variantes de la I y la V aparecieron ya mucho después de la caída de Roma.

Tarquino Prisco murió asesinado en el 578, después de gobernar durante treinta y siete años. Como estamos comprobando, los reinados de estos monarcas fueron muy largos: entre los siete reyes cubren dos siglos y medio.

Si comparamos con los primeros doscientos cincuenta años del imperio romano, comprobamos que en ese periodo gobernaron dieciséis emperadores, sin contar con los numerosos usurpa-

dores. ¿Por qué duraban tanto los reyes, treinta y cinco años de promedio contra los quince de los césares? Muchos de éstos morirían asesinados, pero lo mismo ocurrió con varios reyes, así que la respuesta no puede ser que existía más estabilidad política.

Lo más probable es que las fechas sean erróneas. Para empezar, Rómulo es un personaje legendario. Salta a la vista por su nacimiento, por su nombre —«niño de Roma»— y por el relato de su ascensión a los cielos. Los demás soberanos probablemente son históricos, pero resulta difícil aceptar reinados tan largos. Todo se arreglaría comprimiéndolos y acercándolos en el tiempo, de modo que la monarquía en su conjunto habría durado un siglo menos. En cualquier caso, mientras no haya acuerdo entre los estudiosos para corregir la datación, seguiré ofreciendo a los lectores las tradicionales.

A Tarquinio Prisco lo sucedió su yerno Servio Tulio. La posteridad contó muchos prodigios de él. Por ejemplo, se decía que su madre Ocrisia, esclava de la reina Tanaquil, lo había concebido con un dios, del que algunos aseguraban que era Vulcano. La historia es bastante escabrosa. Según Plutarco, cuando la joven iba a depositar unas ofrendas en el fuego, surgió de las llamas un falo volador. Sobre el resto correremos un tupido velo, pero el caso es que según la leyenda así nació Servio Tulio, cuyo primer nombre implicaría que era hijo de una *serva*, una esclava.

Otro portento que señaló el grandioso futuro de Servio Tulio se presentó cuando dormía, en forma de corona luminosa que rodeaba su cabeza, algo que los testigos interpretaron como indicio de favor divino.

Prescindiendo de adornos mitológicos, a Servio Tulio se le atribuyen muchas reformas, probablemente más de las que llegó a realizar. Por ejemplo, se afirmaba que fue el primero en decretar un *census*.

El censo era un registro oficial de los habitantes de Roma. Al principio se encargaban de él los reyes, después los cónsules y des-

de el año 443 unos magistrados creados para este fin y denominados censores. Cada ciudadano se apuntaba con su nombre completo y el de su padre, su edad, su oficio, su patrimonio y su domicilio. Sólo se inscribía a los varones libres y adultos. Por eso, cuando se utiliza el censo para calcular la población de Roma en un momento determinado hay que hacer ciertas extrapolaciones.

Por ejemplo, tomemos el censo del año 234 a.C., que, según Tito Livio, dio como resultado doscientos setenta mil setecientos trece ciudadanos varones. (No hablamos sólo de la ciudad de Roma, sino de sus territorios). Lo lógico es que contemos otras tantas mujeres, lo que eleva la cifra a quinientos cuarenta mil. Pero ¿cuántos niños? ¿Y esclavos? La cifra total de habitantes del territorio romano podría ascender a setecientos cincuenta mil o incluso a un millón según las proporciones que aceptemos.

¿Por qué no inscribían a todo el mundo? El censo romano no pretendía ser un estudio demográfico. Su función era clasificar a las personas para que pagaran impuestos, sirvieran en el ejército y votaran. Basándose en la información que daba cada uno, los censores inscribían a los ciudadanos en tribus por su domicilio, y en centurias por su edad y su patrimonio. Cuando hablemos de los *comitia tributa* y los *comitia centuriata* veremos cómo se aplicaba esta división a la política cotidiana.

Una vez terminado el proceso, se celebraba un sacrificio de purificación, el *lustrum*. Como el censo se registraba cada cinco años, llamamos «lustr» a un periodo de cinco años —pero la raíz original significa «limpiar», como en la expresión «dar lustre».

La reforma de Servio Tulio permitió aumentar el número de ciudadanos disponibles para el ejército. Se cree que también durante su reinado los romanos adoptaron la táctica hoplítica. Ésta se había extendido en el mundo griego desde principios del siglo VII y había llegado a las ciudades etruscas hacia el año 650.

Hasta entonces, los romanos habían peleado como los héroes de la *Iliada*, enfrentándose en duelos individuales para despojar al enemigo y acompañados por bandas de partidarios armados. Era un tipo de lucha muy desorganizado, en el que primaban la fuerza y la habilidad individuales.

En cambio, en la táctica hoplítica los guerreros formaban en filas ordenadas y compactas. Estaban protegidos con escudos, yelmos y corazas, y a veces también con grebas. Su armamento ofensivo consistía en una lanza y, como recurso secundario, una espada o puñal.

Los hoplitas combatían sin salir de la fila, cubriéndose unos a otros con los escudos. Era una forma de combatir que no exigía demasiado adiestramiento individual, aunque sí valor y disciplina. Servía para estrechar los lazos entre los ciudadanos, ya que éstos dependían unos de otros en el combate. Si alguien arrojaba el escudo y huía o, por el contrario, se adelantaba de la fila para abalanzarse sobre el enemigo llevado por el ardor del combate, podía poner en peligro a todos los demás.

En la época de los reyes, el ejército romano constaba de una sola legión. En realidad, la palabra *legio*, derivada de una raíz que significa «escoger» —por lo que querría decir «selección»— se aplicaba al ejército en su conjunto.

A finales de la época monárquica, Roma tenía unos treinta y cinco mil habitantes, y podía movilizar hasta seis mil soldados de infantería pesada. Puede no parecer una cifra espectacular, pero para los estándares de la Antigüedad era más que considerable. De todos modos, con el tiempo, Roma multiplicaría sus efectivos militares merced a las conquistas y al crecimiento de la propia ciudad. Eso la convirtió en una potencia con una capacidad de movilizar ejércitos que ningún enemigo conseguiría superar. Pero no adelantemos acontecimientos.

Sin salirnos de lo militar, también se atribuía a Servio Tulio la construcción de una gran muralla. El llamado muro Serviano

tenía once kilómetros de perímetro, más de ocho metros de altura y cuatro de espesor. Estaba construido en toba volcánica extraída de la llamada Grotta Oscura, una cantera situada junto a la ciudad de Veyes. Eso demuestra que la construcción de esta muralla es posterior a Servio Tulio: Veyes no cayó en poder de los romanos hasta el año 396.

En realidad, el muro debió construirse hacia el 378, después de que la ciudad fuera asaltada por los galos. De haber existido antes, los saqueadores no habrían podido entrar. Seguramente la Roma de los reyes tenía empalizadas y terraplenes defensivos, pero no un perímetro amurallado completo.

En el año 534, Servio Tulio fue asesinado. Sus reformas estaban enojando a los patricios, que empezaban a nacer por aquel entonces como clase de poder. En cualquier caso, el hombre que instigó el crimen sería todavía más perjudicial para los intereses de los patricios. Se trataba de Tarquinio el Soberbio. Con ese apodo, ya podemos imaginar que no fue demasiado querido por la posteridad.

Según algunos historiadores romanos era hijo de Tarquinio Prisco. Sin embargo, éste había muerto en el año 579, cuarenta y cinco años antes de que su hijo se convirtiera en rey. Se antoja demasiada diferencia, así que o modificamos las fechas, como ya comenté antes, o aceptamos otras versiones que aseguran que se trataba de su nieto.

Durante el reinado de Tarquinio, se presentó ante él una sibila o profetisa que le ofreció nueve libros escritos en hojas de palma. Contenían oráculos e instrucciones que podrían servirle para aplacar la ira de los dioses cada vez que una desgracia cayera sobre la ciudad. Pero el precio que pidió la sibila era tan exorbitante que Tarquinio se negó a pagar.

Entonces la mujer hizo algo sorprendente. No sólo no bajó el precio, sino que quemó tres de los nueve libros y pidió la mis-

ma cantidad por los seis restantes. A Tarquinio le seguía pareciendo muy caro, y volvió a rechazar la oferta. La sibila destruyó otros tres y mantuvo el precio.

Al parecer, sólo entonces se dio cuenta Tarquinio de que aquellos libros debían de ser muy valiosos. Si en verdad la sibila veía el futuro, debía haber atisbado en él las leyes de la oferta y la demanda postuladas por Adam Smith o David Ricardo: al reducir la oferta de libros, aumentó la demanda de Tarquinio. ¡Una manipulación psicológica genial!

El rey pagó por los tres libros que quedaban e hizo que los guardaran en un arcón de piedra, en el sótano del templo de Júpiter Capitolino. Y, efectivamente, cada vez que Roma se vio en apuros, los magistrados encargados de su custodia, que empezaron siendo dos y llegaron a quince, los consultaban para saber qué se debía hacer.

A veces, la respuesta que ofrecían los libros era que la ciudad necesitaba introducir un nuevo culto a un dios extranjero, como pasó con Cibeles durante la Segunda Guerra Púnica. En otras ocasiones, la medida que se debía tomar era mucho más drástica: en esa misma guerra, en el año 216, los romanos enterraron vivos a dos galos y dos griegos de ambos sexos en el Foro. Pero, en general, lo que descubrían en los libros sibilinos era que habían descuidado alguna tradición, y trataban de restaurarla para devolver el equilibrio en las relaciones entre hombres y dioses.

Apenas empezó a reinar, Tarquinio dio las primeras muestras de su talante despótico. Tras ejecutar a varios senadores por apoyar al asesinado Servio Tulio, se negó a cubrir sus vacantes. La impresión que da es que gobernó como un auténtico tirano.

Pero debemos entender la palabra «tirano» en su acepción griega. Los tiranos eran autócratas que, aunque solían proceder de las filas de la aristocracia, se apoyaban en las clases medias y hu-

mildes para subir al poder y después las favorecían con sus medidas. Lógicamente, no eran muy queridos entre los nobles, que trataban de derrocarlos.

En Atenas ocurrió algo similar por estas mismas fechas. En el año 510, el tirano Hípias fue desterrado por una revuelta que en su origen era aristocrática. Sin embargo, los acontecimientos tomaron un rumbo imprevisto cuando un noble, Clístenes, no sólo se alió con las clases más humildes como habían hecho los tiranos originarios, sino que directamente les entregó el poder con una serie de reformas de las que nació la célebre democracia ateniense.

Aunque en Roma se produjo una revuelta parecida, a la larga el desenlace fue muy diferente. Los hechos son tan dramáticos que Shakespeare se basó en ellos para su tragedia *La violación de Lucrecia*. De nuevo, es difícil saber dónde acaba la historia y dónde empieza la leyenda.

El ejército de Tarquinio estaba asediando la ciudad de Ardea. Sexto Tarquinio, hijo del rey, empezó a discutir con su primo Colatino cuál de los dos tenía la mujer más virtuosa. Para comprobarlo por sí mismos, decidieron montar a caballo y visitarlas sin avisar y de incógnito. Primero fueron a Roma y encontraron a la mujer de Sexto en un banquete.

Después, los dos primos acudieron a la villa de Colacia, donde vieron a Lucrecia, la mujer de Colatino, tejiendo con sus esclavas. Desde el punto de vista romano, saltaba a la vista que la más virtuosa era Lucrecia.

Para desgracia de la joven, Sexto se encaprichó de ella. Días después, el hijo del rey volvió a Colacia, donde Lucrecia lo acogió como huésped. Sexto le confesó su pasión y al mismo tiempo la amenazó con una espada. Ni siquiera así pudo conseguir que la esposa de su primo cediera, de modo que llevó la amenaza un paso más lejos. Si no se acostaba con él, le dijo, después de degollarla asesinaría también a un esclavo y lo tumbaría desnudo

junto a ella en la cama para alegar que los había matado al sorprenderlos en adulterio. Lucrecia, ya muerta, no podría defender su honor y su memoria quedaría mancillada.

De ese modo consiguió que Lucrecia se rindiera. Pero después la joven hizo venir a su padre y a su esposo, que acudieron acompañados por su amigo Lucio Junio Bruto. Les contó lo sucedido y añadió: «Sólo mi cuerpo ha sido violado. Mi alma sigue pura, y mi muerte lo testificará». Tras pedirles que la vengaran, sacó un puñal que llevaba escondido y se mató.

Con su muerte, Lucrecia se convirtió en el modelo de matrona romana: trabajadora, encerrada en casa y heroica a la hora de defender su castidad. Bruto juró sobre su cadáver que no dejaría hasta expulsar a toda la familia de Tarquinio el Soberbio, y que se aseguraría de que nadie volviera a reinar en Roma.

Después de esto, Bruto se dirigió a Roma y contó a sus habitantes lo sucedido. Los romanos se indignaron tanto que, cuando Tarquinio llegó con sus hijos, se encontraron con las puertas de la ciudad cerradas. Aunque lo intentó varias veces, Tarquinio no volvería a entrar en Roma.

Según la tradición, el pueblo juró que jamás se dejaría a dejarse gobernar por un rey. Ése fue el origen de la República.